

Interview / Entrevista

Entrevista a Julián Herbert sobre su obra *La casa del dolor ajeno*

Ignacio López-Calvo

University of California—Merced

22 de abril de 2018

Hotel Paraíso Radisson Perisur, Ciudad de México (1:30pm-3:00pm)

IGNACIO LÓPEZ-CALVO: Muchas gracias por concederme esta entrevista, Julián. Bueno, para empezar, naciste en Acapulco, ¿verdad?

JULIÁN HERBERT: Sí, nací en Acapulco, Guerrero, pero salí de allí a los seis años, por el trabajo de mi mamá, y fui vagando por distintas ciudades. A los ocho años llegué a Monterrey y viví entre Monterrey y una ciudad en la frontera con Coahuila.

ILC: ¿Crees que esa vida nómada puede haber influido en tu simpatía por los inmigrantes chinos?

JH: Bueno sí, y por los migrantes en general. Entiendo bien la mentalidad del inmigrante. Pero algo clave que me inspiró esta novela fue el ferrocarril, del cual tengo una memoria muy vívida por haber pasado gran parte de mi infancia viajando en trenes.

Además, mi abuelo era mecánico de trenes. Yo me enamoré de esta historia [la masacre de chinos de Torreón] por el tren.

ILC: ¿Cómo ha sido la recepción de *La casa del dolor ajeno* en Torreón?

JH: Hasta la fecha en Torreón me boicotean y, por alguna razón, me acusan de ser villista... en 2018. Debería haber organizado un taller en marzo y se canceló. Iba a ser un seminario en Parán, un curso modular intensivo de nueve meses con temas teóricos y prácticos, organizado por la Secretaría de Cultura de Coahuila.

ILC: ¿Quién te boicotea en concreto?

JH: (Riéndose) Un par de señoras de alta sociedad.

ILC: En el libro corriges a los historiadores que argumentan que la masacre de chinos de Torreón fue una reacción espontánea de las clases bajas, ¿no?

JH: Todo empieza por la clase alta, influida por el eugenismo racista norteamericano. Es importante tener en cuenta, además, la fuerte presencia del germanismo en México, ideas de la filosofía alemana que se infiltran en el pensamiento mexicano.

ILC: De ahí, lo partidos pro-nazis mexicanos que mencionas en el libro, ¿no?

JH: Efectivamente.

ILC: A lo largo del libro, vas creando paralelismos, entre otras masacres, con la desaparición forzada de 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, Guerrero, en Iguala, los días 26 y 27 de septiembre de 2014 a manos de la policía mexicana.

JH: Se trata del tema de la impunidad en México, que es una constante. Hago una lectura comparatista en la que vemos que el pasado continúa siendo el presente. Hablo del tema jurídico, de indemnización. De las herramientas que el Estado te brinda, porque el monopolio de la impunidad lo tiene el Estado.

ILC: En *La casa del dolor ajeno* mencionas que la comunidad china de Torreón se autocensura y evita hablar de la masacre.

JH: Sí, hay un rechazo de la historia por dos razones. Primero, paradójicamente, los chinos se avergüenzan de esa historia que les resulta humillante, una vergüenza íntima. Y la segunda razón es histórica: los chinos de ahora son hijos de chinos, pero también

de mexicanos, alemanes, españoles; es decir, son descendientes de las víctimas pero también de los victimarios.

Manuel Lee Soriano (mira el apellido español, Soriano), al final del libro, no habla de la matanza pero sí de la discriminación que sufrió de niño, de cómo les obligaban a él y a su hermano a pelearse.

ILC: El libro critica el mito de que los chinos no se integraban, ¿verdad?

JH: Es mentira que no se integraban.

ILC: Y el otro mito que combates es el de que fue Pancho Villa quien lideró la masacre. ¿A qué crees que se debe la insistencia en culpar a Villa?

JH: Villa estaba en Ciudad Juárez, cuando tuvo lugar la masacre de Torreón. Lo que pasa es que Villa tomó Torreón tres veces, pero para la torreoneses, la tomó cuatro. Los torreoneses tienen una relación muy ambigua con Villa y guardan su memoria muy viva. Lo aman y lo odian. Los hermanos Herrera, de Torreón, fueron colaboradores y amigos de Villa, pero luego se pelearon. Villa persiguió a la familia y ejecutó a algunos de ellos. Cuando llegó la pacificación, los Herrera organizaron el asesinato de Villa. De hecho, uno de sus descendientes, Daniel Herrera, ha reseñado *La casa del dolor ajeno*.

ILC: Fijate que en algunas entrevistas que estoy haciendo a autores mexicanos de origen chino, me han insistido en que Villa sí mató a chinos.

JH: Sí, por ahí hay un dato histórico de que mató a dieciséis chinos en algún momento. Creo que me lo comentó Carlos Cuadra, un historiador de Torreón. Villa era muy iracundo; sin embargo, protegió al cocinero chino Manuel Soriano.

ILC: El retrato de Emilio Madero en tu obra parece un tanto ambiguo.

JH: Emilio Madero quedó atrapado en una circunstancia determinada. Yo creo que no era ni pro-revolucionario. Él simplemente era un hacendado que se quedó cuidando la propiedad de su familia y que no podía dejar de ser el hermano de Francisco Madero. Francisco Madero convoca la Revolución desde La Laguna y luego se va. A Emilio Madero no lo atacan por ser su hermano. No creo que fuera antichino; simplemente no le importaban.

ILC: Otro episodio que me impresionó mucho fue el de los afroamericanos que enferman de viruela y los dejan abandonados fuera de una hacienda.

JH: Ese episodio habla de la mentalidad de La Laguna, uno de los lugares más influidos por los Flores Magón. La región tiene una economía autorregulada que ofrece unas circunstancias económicas parecidas a las del Sur de Estados Unidos antes de la Guerra de Secesión. Fue una deportación masiva de negros (no todos estaban enfermos de viruela; solo algunos). Los sacan de la propiedad y los abandonan a su suerte en medio de la nada. Fue el alcalde de Torreón el que organizó el traslado de regreso a Estados Unidos. Se trata de la visión del otro minimizado, racializado.

Refleja, por otra parte, el anarquismo de la clase media. Por una parte, está la influencia de los hermanos Flores Magón y por otra la educación de las clases altas. Hay que tener en cuenta también que en esta época, muchos obreros capacitados (como los maquinistas de tren, por ejemplo) eran de la clase adquisitiva. En este momento, había tres maquinistas en Torreón: uno mexicano y dos estadounidenses, y eran simpatizantes de Flores Magón. A veces hasta eran pequeños empresarios. Por ejemplo, El Chino Banda (que no era chino) era magonista y se dedicaba a la especulación inmobiliaria. Más tarde, abandonó sus propiedades para hacerse cargo de una unidad motorizada de Villa. Quizás por el chance de matar gente.

ILC: Parece que en la obra das mucha importancia al hecho de que nunca se llegó a indemnizar a China.

JH: Me parece que refleja el autorretrato de pureza con que el Estado se santifica a sí mismo, es como una santificación laica desde la época de Juárez. No pueden reconocer haber hecho nunca nada malo. Otros Estados a veces piden perdón por las atrocidades que han cometido, pero no el mexicano; ellos nunca se equivocan. La historia del rechazo a pagar la indemnización al gobierno chino revela el tejido de lo que somos como país. Y uno se pregunta: ¿cuál es el gran problema de México? ¿La educación, la violencia, la corrupción? No, yo creo que el gran problema de México es realmente la impunidad. En ese sentido, a pesar del desastre que ha sido el gobierno de Peña Nieto, una de las cosas buenas que han sucedido es que por fin hay tres o cuatro gobernantes en la cárcel.

ILC: Otra faceta importante en *La casa del dolor ajeno* es el perspectivismo. Te interesa tanto la opinión de los taxistas locales como los recuerdos de los chinos.

JH: Lo de los taxistas lo saqué de un cuento de Moravia sobre un taxista en Roma que leí en la prepa y que me gustó mucho. Además, me gusta la película *Noche en la tierra*,

una historia sobre taxistas. Y es que la del taxista es una de las voces más pícaras. Allí aparece la obsesión con culpar a Villa, aunque sea con un tono más divertido.

Yo al principio tenía la idea de contar la historia solo desde el punto de vista de los taxistas, pero luego ocurrió algo importante. El Dr. Corona Páez, el cronista de la ciudad (que también reseñó *La casa del dolor ajeno* con mucho tacto y audacia)—un tipazo, de buen corazón, erudito—me dio muchísima información y buenas ideas. Me habló del Dr. Lim, que estaba en su despacho y no sabía que estaban masacrando a los chinos en la calle. Cuando van y le dicen que se esconda antes de que lo maten a él también, su primer impulso es agarrar la camilla y salir a la calle para ver si puede salvar a alguno. (Perdón que me emocione [a Herbert se le saltan las lágrimas]). Como ser humano, se lanza a la calle y están a punto de lincharlo. La masacre le destruyó la vida. El Dr. Lim tenía una gran confianza en su comunidad, amaba Torreón y había adquirido la nacionalidad mexicana. Es un personaje muy complejo y me di cuenta de que tenía que tener un papel central; de lo contrario, cualquier otra manera de abordar la historia iba a resultar frívola.

ILC: Y la gran paradoja es que luego la casa del Dr. Lim acaba convertida en el Museo de la Revolución.

JH. Así es.

ILC: ¿Y qué me dices del formato de la obra?

JH: Yo quería hacer una novela, pero me di cuenta de que los personajes ya eran muy buenos así como estaban. *La casa del dolor ajeno* tiene estructura de novela, hay muchos puntos de vista como en *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos, con personajes que van cada uno por su cuenta. Es una historia generacional. Aunque la masacre tiene lugar en tres días, la obra va del siglo XIX al XX. Cien años. La obra no tiene nada de ficción.

ILC: Pero en una entrevista mencionaste que la escena de la matanza sí que tiene ficción.

JH: ¿Yo dije eso? No, realmente todo está documentado. Ah, ya me acuerdo de qué debía de estar hablando. Hay un solo momento en el que un personaje que se llama Benjamín Argumedo se ata un pañuelo a la cabeza porque no quiere que si lo matan, se la metan las moscas en la boca. La verdad es que se sabe que siempre hacía eso, pero de lo que no hay certeza es de si lo hizo aquel día o no. Otra cosa: la batalla sucede en dos frentes, al este y al oeste. La batalla del este fue bien documentada por la prensa y

los partes militares, pero la del oeste, no. La descripción de la batalla del oeste la saco de la novela *Tropa vieja*, y hay que tener en cuenta que su autor fue testigo de la batalla. Así que no sabemos si la descripción que dio es ficticia o no, pero sí fue testigo.

ILC: Uno de los aspectos más siniestros que revela tu obra es que se quiso culpar repetidamente a las propias víctimas.

JH: Sí, hay pruebas científicas de que eso es completamente falso. Corona Báez ha presentado estos datos forenses. Cuando Lim recorre, junto con el cónsul de Estados Unidos, las huertas de los chinos, los dos coinciden por separado en que la direccionalidad de las balas era una sola. Ese dato forense demuestra que no fue una batalla, sino una masacre. Y cuando abren una fosa común con 165 cadáveres, más de cien presentaban heridas de bala en el corazón y en el pecho. Algunos tenían machetazos en la cabeza que llegaban casi hasta el cuello. Sería imposible que un ejército en medio de la batalla atinara a dar a todos los enemigos en la cabeza y en el pecho solamente.

ILC: ¿Por qué dices en cierto momento de la trama que se trata de “un fracaso de la retórica”?

JH: Bueno, con la retórica, uno trata de convencer al receptor. Allí creo que me estaba refiriendo al primer informe, el de Macrino J. Martínez, que nunca consigue convencer al lector. En un momento, por ejemplo, dice que es “juez imparcial para salvar a nuestras tropas de las tropas extranjeras”.

ILC: Hablas también de fronteras internas en México.

JH: Sí, en México hay fronteras naturales, como el río Nazas, que trascienden los territorios mexicanos. La Laguna está situada entre Coahuila y Durango, y tiene una identidad cultural muy fuerte. Está dividida por algo más que el poder federativo; está dividida por el narcotráfico. El Chapo Guzmán era el amo de lado oriental del río Nazas y al otro lado estaban los cárteles del Golfo de México. Torreón es una ciudad muy violenta. Es frontera de guerra entre narcotraficantes.

ILC: También señalas que la primera inmigración ilegal a Estados Unidos desde México fue la de los chinos.

JH: Sí, se trata de la idea del otro, de qué tan otro es el otro. Por ejemplo, el mexicano trata de ser lo más gringo que puede; el chino, en cambio, le parece distinto. Y en

California, hasta 1969, era ilegal el matrimonio entre chinos y blancas (y lo de blancas incluía a las mexicanas, a las indias yaquis, es decir, a las occidentales).

ILC: Una pregunta tonta: en una entrevista leí que decías que sentías un “amor apache” por Torreón. ¿Qué quieres decir con eso?

JH: ¿No conoces esa expresión? Es como una relación tormentosa. En Coahuila hay mucho de la cultura de los apaches. Heredaron, por ejemplo, su uso del espacio, la movilidad; la gente vive a veces lejísimos de su lugar de trabajo. Además, les encanta el asado. E incluso los horarios son apaches: la gente se levanta muy temprano y luego, al mediodía, paran y duermen la siesta.

ILC: ¿Y qué nuevos proyectos literarios tienes entre manos ahora?

JH: Me han encargado una memoria sobre el mundial de 2006 de Alemania. No tengo ningún recuerdo de ese mundial, pero sí conozco a gente que lo recuerda muy bien y podrá ayudarme.

ILC: Bueno, Julián, muchísimas gracias por dedicarme todo este tiempo. Ha sido un verdadero placer charlar contigo.

JH: Igualmente, Ignacio.